

EDUCACIÓN Y DERECHOS HUMANOS

¿Una historia de amor?

Dr. Paolo Pagliai ©

Profesor del Núcleo Docente Básico de la “Maestría en Gestión de la Convivencia en la Escuela. Violencia, Derechos Humanos y Cultura de Paz” de la Universidad Pedagógica Nacional (México)

Ya me parece escuchar sus pensamientos ruidosos: “qué título tan banal, dios mío, nos vamos a aburrir mortalmente...”. Ustedes piensan en voz alta, no deberían, se les escucha desde afuera.

No se engañen, ésta va a ser una ponencia sorprendente, rica de momentos inesperados y francamente contundentes, anti retórica y hasta – en ciertos momentos - inaceptable, intolerable, inconcebible. Miren el título, me daba casi pena, es un oxímoron, una contradicción en términos: educación y derechos humanos, nada más distante... Sería como si dijera “el blanco oscuro” o “el negro claro” o “el inteligente estúpido”: simplemente, no se sostiene; así como cuando hay sol no hay noche, cuando hay educación, muy, pero muy raramente podemos hablar de Derechos Humanos.

Por esta razón, quizás, le agregué esa pregunta misteriosa que evoca el amor.

La Escuela es un gran teatro de violencia, la Educación es su motor y nosotros, las y los docentes, somos sus agentes. Despiadados, vamos de salón en salón evaluando, calificando, sancionando, estigmatizando, marginando, – cuando es posible – criminalizando y - *idulcis in fundo!* – expulsando. El papel de Dios, nos encanta. Nacimos para interpretarlo, nadie mejor que nosotros, desde la cátedra como si fuera un altar, impartiendo clase en un largo, larguísimo monólogo fruto de años de experiencia, transcurridos repitiendo siempre la misma clase, afinando las palabras, digiriendo los conceptos, dejando que cada uno de esos verbos sagrados permeara a nuestros reiterados discursos.

Somos maravillosos repetidores de nosotros mismos.

Fuertes de la convicción indestructible de que una receta que funciona una vez, no falla nunca, pronunciamos nuestros sermones con la seguridad de un trailerero que maneja, en la noche, desde hace más de treinta años, por la carretera a Cuernavaca, tomando con los ojos cerrados la curva de la pera... ¡Sobrevive siempre! Se la sabe de memoria, esa curva; la tomas con los ojos cerrados, el trailerero.

Nosotros también tenemos una memoria de acero: dura, inflexible y – por supuesto – inmutable. Pretendemos, alrededor de nosotros, un silencio absoluto - la llamamos disciplina – y nuestros adeptos... disculpen, nuestros alumnos deben contestarnos a tono, de manera ordenada, demostrando interés y - ¿por qué negarlo? – una cierta devoción.

Pausa.

[Como pueden ver, este discurso no es nada aburrido. Tiene que ver con nosotros, las y los docentes que trabajamos en la Escuela y nos ponemos el problema de cómo formar para y con los Derechos Humanos.]

Ahora Paolo nos explicará este “cómo”, nos aclarará todas las dudas, nos entregará un recetario infalible para lograr nuestro cometido, lo llamaron para esto, nos proporcionará herramientas, instrumentos, aparatos, dispositivos, etc. etc. etc.

No.

La respuesta es “no”. Les pido una disculpa, pero no puedo.

Y no porque soy malo o envidioso, sino porque soy uno de ustedes, pertenezco a este sistema y, a pesar de mis ideas y mis esfuerzos, no logro cambiarlo. Lo peor, lo que es verdaderamente insoportable, es sentir que, no sólo no puedo generar ningún cambio sustancial en él, sino que ese sistema resistente – año tras año – me está cambiando a mí.

Mírenla bien esta Educación. Mirémosla juntos esta creatura luckmanniana que – como afirmaría el buen viejo Berger – terminó con institucionalizarse, esta educación que

pretende la “E” mayúscula y que debería – según el título banal y aburrido de esta ponencia - hacerse cargo de los procesos de enseñanza->aprendizaje de los Derechos Humanos.

Hay un hombre que camina a lo largo de un río.

Todos los días, a la misma hora, viene al río y camina. De repente, se para frente a este arroyo crecido, justo en la orilla, y – mirando a lo lejos – mastica unas cuantas palabras que se le quedan entre la lengua y el paladar: “Nadie se baña en el río dos veces, porque todo cambia en el río y en el que se baña.” Es la crisis del *kosmos*, amigos mío, la muerte de la idea del orden como algo estable, algo que jamás cambia ya que todo cambio correspondería al desorden. Sólo la persona que piensa de forma compleja es capaz de construir – con su propio pensar, su propio nombrar las cosas, su hacerlas – un puente entre ese *kosmos* en crisis y otro *kosmos* que surge del *kaos*. Un puente, de orden a orden, donde el *kaos* se convierte en condición necesaria para la comprensión del cambio que no es otra cosa sino comprensión del desorden, valoración del conflicto. La Educación, para empezar, tiene la obligación de proveer a los y las estudiantes las herramientas necesarias para construir ese puente. Es a lo largo de ese enlace cultural e intelectual que se desarrollan nuestras relaciones complejas y, seguido, contradictorias con los Derechos Humanos.

Sí, hay un hombre que camina y no sabe darse paz. No comprende por qué los dioses están enojados con la ciudad. Hay guerra, hambruna, epidemias; los niños mueren de hambre y sus padres perecen en la batalla. “¿¡Qué habré hecho de tan grave para merecerme esto?!”, grita el hombre sin paz, ya que no comprende de dónde sale todo ese *kaos*, sin poderse explicar por qué todos los derechos son sistemáticamente negados, ofendidos unos tras otros y uno tras otros violentados. Ese hombre es un rey, no es uno de nosotros, es uno que tiene todo el poder, uno que puede permitirse enviar a sus embajadores por todo el reino, con el fin de saber la causa verdadera de semejante ira de los dioses. Y cuando los embajadores vuelven a casa, no saben cómo decírselo al rey, no saben de dónde empezar para no ofenderlo, temen por sus cabezas, por sus propias vidas:

¿cómo pueden decirle al rey que la responsabilidad de todo es suya? ¿Cómo decirle que él es el origen del *kaos*? Alguien tendrá que decir en voz alta que, si quiere saber el motivo de ese conflicto, el rey deberá preguntárselo a sí mismo.

Pausa.

Quiero que entiendan bien este pasaje fundamental. Tiene que ver con nosotros. Y para que lo comprendan, les cuento una anécdota que tomo prestada del gran Martin Buber.

Hay otro hombre, un judío con la barba larga, que va con el rabino y le dice: “Maestro, desde hace un tiempo, todo – en mi vida – está chueco. Mi esposa me detesta, mis hijos me faltan al respeto, mis amigos me dejaron solo; mis negocios quebraron todos, uno después del otro, y me enfermé... me enfermé... ¿Qué tengo que hacer?”. El rabino se queda callado, por uno, dos minutos, mirando a lo lejos, luego mastica unas cuantas palabras que se le quedan entre la lengua y el paladar: “¿Y me lo preguntas a mí, lo que tienes que hacer? Pregúntatelo a ti.”

Pregúntatelo a ti...

Pregúntatelo a ti, Edipo, lo que tienes que hacer, ya que quien busca la verdad, debe siempre empezar por sí mismo. Es él – eres tú – la persona que tiene que construir el puente que va de *kosmos* a *kosmos*, pasando por el *kaos*. Sólo Edipo conoce las causas del desorden, porque él es el responsable de la alteración del *kosmos*, él detonó el conflicto. De la misma forma, sólo nosotros, los y las docentes, sabemos porque el camino que recorreremos todos los días no lleva a ningún lado que no sea el cumplimiento de los objetivos preestablecidos por los programas, es decir que no se atreve a cruzar el *kaos* que nos rodea, nos mantiene prisioneros de los que llamamos “perfiles de egreso”, negando la diversidad de nuestros estudiantes, la unicidad de cada uno de ellos.

Somos nosotros que decidimos cuáles son las necesidades de los estudiantes; nosotros determinamos el orden de las cosas que hay que aprender, decidimos cuáles son los aprendizajes significativos y cuáles los marginales, las respuestas correctas y las equivocadas, lo que es verdadero y lo que es falso. Todo está decidido a priori, porque

necesitamos llevar el control de la que llamamos “formación”, como si los y las jóvenes no tuvieron una forma propia, como si fueran unos pedazos amorfos de plastilina sin ninguna autonomía, sin el derecho imprescindible de decidir su propia forma a venir.

Justo en esta metáfora edípica se concreta la primera de nuestras grandes contradicciones; es la primera de las violaciones de los Derechos Humanos perpetradas en nombre de la Educación.

Ahora, cuando uno empieza con el pie equivocado, es difícil que logre ir en la dirección correcta. Así que las calificaciones, la forma de solucionar los conflictos, los castigos, las sanciones, el autoritarismo, la manera de concebir y manejar el conocimiento, todo apunta a una violación permanente de los derechos de los estudiantes.

Piénselo bien: una cosa es afirmar que *“Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros”*, y otra es recordarse que nuestros estudiantes son personas, tienen una dignidad propia, están dotados de razón y conciencia, y merecen ser tratados como nuestros hermanos. Las palabras, como dice el poeta, las tenemos en la mente, pero aun no en la piel, y esta diferencia mide justo la distancia entre lo que se dice y lo que se hace, y evidencia – de alguna manera – nuestra responsabilidad en la violencia que se genera – diariamente – en la Escuela. Lo sé, lo sé... Muchos de ustedes se resisten a reconocer su propia responsabilidad en la falta de ese puente necesario entre el Decir y el Hacer, ese puente que lleva de *kosmos* a *kosmos*, pasando por el *kaos*, sobreentendiendo el hecho de que el *kosmos* cambia justo gracias a ese *kaos* que tanto nos asusta. Nos asusta a nosotros y le asusta a la Educación, al sistema - como decimos comúnmente -, ese actor invisible, complejo, casi irrepresentable que todo lo condiciona, todo lo controla, todo lo dirige y – así haciendo – mantiene las cosas como están, reduciendo el margen de cambio y absorbiendo los traumas provocados por las variaciones imperceptibles que no logra evitar.

La responsabilidad siempre es del Sistema. Y, en parte, es verdad. Existe la que Galtung llama “violencia estructural” – seguida indirecta – construida alrededor de las reglas que

la fundamentan y, por consiguiente, la justifican; existen las herramientas de evaluación, la calificación utilizada como refuerzo, el arbitraje como demostración de fuerza y manifestación del autoritarismo, el metro del primero de la clase, la inexplicable facilidad con que el currículum pasa de la lógica de las competencias al principio de la competitividad. Está bien, pero la responsabilidad de uno no quita las del otro; las responsabilidades del así dicho Sistema no remueven las nuestras. Diría Julianne Freund que, cuando una persona obedece es porque decide obedecer. La obediencia responde a una elección y no absuelve, en absoluto, de la responsabilidad.

No importa si el pobre de Edipo no conocía su propia historia, si no sabía quién era su madre o no podía reconocer un padre que jamás había conocido antes; no importa si todo lo que hizo, lo hizo en buena fe. Lo único que cuenta es que lo hizo. Y que estuvo mal. Los griegos antiguos tenían ideas claras al respecto: ni la obediencia ni la ignorancia absuelven del deber responder por las acciones, las palabras y las ideas. Edipo lo sabe y solo, en el medio del salón del trono, con un cuchillo en la mano, listo para sacarse los ojos dice “Todo se cumple con certeza.” Él que ha matado al hombre que no sabía que era su padre, él que se ha acostado con su propia madre sin tener la mínima idea de quien fuera, asume su propia responsabilidad y paga por lo que ha hecho.

Paga porque lo ha hecho.

Un día, cuenta Martin Buber, en una cárcel rusa donde estaba detenido, un rabino recibió la visita del jefe de los guardias el cual, para ponerlo a prueba, le preguntó: “¿Es verdad, rabino, que Dios lo sabe todo?”

El rabino contestó: “Claro, es verdad. Dios lo sabe todo.”

“¿Y entonces por qué, cuando Adán comió del fruto prohibido, Dios preguntó por él? ¿Adán, dónde estás?”

Luego de una larga pausa, el rabino contestó: “Sí, Dios lo sabe todo. Y sabe también dónde está Adán. Sólo que quiere ver si Adán sabe dónde está.”

Éste es el cuento de la Responsabilidad. De la mía y de la de cada uno de ustedes. Es el cuento de la responsabilidad individual, lejos de todo pretexto. Cuando Dios le pregunta a Adán dónde está, Adán se esconde, no contesta. ¡Es tan estúpido esconderse de quien lo sabe todo! Y sin embargo, Adán se esconde. Y cuando finalmente tiene a Dios encima, el pobre empieza a esconderse detrás del otro. “¡No fui yo, fue ella! ¡Ella me dijo! ¡Ella me ofreció! ¡Ella, ella, ella!”

Así es. No fui yo, fue el sistema, fue la escuela, son las reglas, así funciona, fue el supervisor, fue la directora, la secretaria, así va el mundo...

No, en serio: empecemos por nosotros. Respondamos en primera persona, como lo hace Edipo.

Miren bien. Educar para los Derechos Humanos significa, antes que nada, educar con ellos. Nadie puede enseñar a madrazos la no violencia, así como la paz no puede ser enseñada con la guerra. La coherencia es lo primero que tenemos que buscar en nosotros, cuando queremos hacer bien lo que hacemos. Y no hay coherencia sin responsabilidad.

Quizás, la pregunta correcta, hoy, en esta sala llena de personas, es: ¿para qué sirve la Educación? Lo sé, parece un poco alejado del tema de la ponencia, pero tengo la impresión de que – más allá de las apariencias – se trata de lo mismo dicho de otra forma. Edgar Morin y Stéphane Hessel dirían que *el camino de la esperanza* pasa justo por la educación, ya que – cuando uno educa – enseña o debería enseñar a vivir. Fíjense bien: las matemáticas, la geografía, la historia, el español, la química, la física, todas las asignaturas de este mundo no representan el centro de nuestros procesos de enseñanza->aprendizaje, son accesorios esenciales, pero no se encuentran en el centro de nuestro ser docentes, porque nosotros – esencialmente – enseñamos a vivir.

Me gustaría que reflexionáramos, juntos, sobre lo que significa “enseñar a vivir”.

Estarán de acuerdo conmigo que, cuando vamos más allá de lo biológico, la vida incluye siempre la idea de la otredad. Vivimos con los demás, cerca de ellos, codo a codo con el

otro, así que lo que la Escuela enseña – o debería enseñar - no es la vida (que de por sí es un misterio) sino la Convivencia.

Nosotros debemos enseñar cómo vivir juntos.

Alguien la llama “educación para la ciudadanía”, a mí – sinceramente – esta definición no me gusta. Y no porque el concepto de ciudadanía sea negativo, sino porque es – sencillamente – reductivo y, en su reduccionismo, inevitablemente excluyente y discriminatorio. Implica una condición necesaria de pertenencia que termina fomentando la discriminación de todos los que no pertenecen, los diversos, los otros. Yo prefiero “Educación para vivir con los demás”, justo, porque incluye a los Derechos Humanos.

Como ven, los Derechos vuelven porque representan o, mejor dicho, son la esencia de esa Dignidad Humana mencionada en el primer artículo de la Declaración Universal de 1948.

Enseñar la Convivencia significa respetar y enseñar a respetar los Derechos del otro; transmitir, con el ejemplo cotidiano, la importancia de la Dignidad de la persona, fomentando el diálogo y la competencia de la Escucha. Significa evaluar sin que la calificación se convierta en un estigma, no olvidar – nunca y en ningún caso – que la exclusión es la suma de todas las violaciones de los Derechos Humanos, y recordar siempre que la autoridad o es moral o simplemente no es autoridad. Cuando pretendemos enseñar con el poder que nos es dado por la jerarquía, cuando no reflejamos - en todo lo que hacemos, pensamos y decimos, - los valores que queremos transmitir, lo único que nos queda es el autoritarismo, con toda su carga de represión y control, totalmente inadecuado para la transmisión de cualquier valor. Vale para quien encabeza un equipo de trabajo, para quien es padre o madre, o – en el caso de la Educación – para quien es docente o, como yo prefiero, enseñante.

Ahora, nuevamente, escucho los pensamientos de muchos que, en esta sala, se están preguntando cómo emanciparse de las reglas, las normas, todos los programas, los planes de estudio... Quizá no sea el sentido correcto del discurso, ya que las reglas están ahí para que cumplamos con ellas, y no podemos rebelarnos – así porque sí - a los planes y los

programas; quizás el sentido es otro, tenemos que recurrir a un discurso positivo y mucho más alto que todas las normas juntas, una arriba de la otra.

Un día, un tipo se acerca a Agustín de Hipona. Era el Siglo IV, todavía estaban los Romanos con sus emperadores y su cabello corto al estilo de los gringos del mundo antiguo. Ese hombre, un joven, se le acercó y preguntó: “¿Qué tengo que hacer para conquistar al reino de los cielos?”

Qué pregunta...

Para mí, un laico, el reino de los cielos equivale a hacer el bien, hacer las cosas bien y para bien. “¿Qué tengo que hacer?”

Ahora, muchos de ustedes, los y las que piensan en voz alta y se preocupan de las reglas, contestarían: sigue las leyes, acata las normas y, si por casualidad eres un colega, sigue los programas y cumple con los planes de estudio. Es por esta razón que nosotros somos nosotros y él, el obispo filósofo, es Agustín de Hipona.

Agustín, el santo, lo mira a los ojos y contesta: “Ama y haz lo que quieras.”

Vaya, qué respuesta tan anarquista, si fuera uno de nosotros perdería el trabajo... No reglas, no normas, nada de leyes: sólo ama y, ésta es la parte mejor, *haz lo que quieras*.

Y sin embargo... Sin embargo, el mensaje es clarísimo y tiene que ver con el título aburrido de esta ponencia. Si queremos enseñar los Derechos Humanos con los Derechos Humanos, tenemos que enseñar a amar.

Amar... ¿Qué significa?

No, no es una palabra cursi, a pesar de que muchos de mis colegas le tienen miedo, porque sienten que no es un término académico. Yo creo, en cambio, que todo lo que tiene que ver con las personas es digno de la academia, y que si la Academia se ocupara más de las cosas que afectan directamente a la vida cotidiana de los seres humanos, haría menos daños y sería más útil para todos nosotros.

Volviendo a nosotros: ¿qué significa amar? ¿Tuvieron tiempo para pensarlo?

Mientras piensan, les contaré otra historia.

Cuando Aquiles – gracias al fuego enviado por su madre - se liberó de la furia del río que estaba harto de ver sus propias aguas pintarse de sangre troyana, llegó con su carro hasta los muros de Troya. Todos se habían refugiado en la ciudad invencible, todos menos uno, Héctor, hijo de Príamo, hermano de Paris, esposo de Andrómaca, padre del pequeño Astianacte. Lo persiguió tres veces alrededor de la ciudad y cuando lo alcanzó, luego de un breve duelo, lo mató. Perforó con un cuchillo los tobillos del noble adversario y, frente a los ojos de los padres y la esposa de Héctor, hizo pasar por los hoyos las riendas de su carro. Tres vueltas a la ciudad, dio nuevamente, arrastrando el pobre cuerpo del guerrero troyano, desmembrándolo y reduciendo su cara a una máscara horrible. Luego, se dirigió a su campamento donde los mirmidones lo esperaban en fiesta. Cuando llegó la noche, el viejo Príamo, rey de la ciudad invencible, padre de cuarenta hijos, esposo de la fuerte Hécuba, se puso la capa y, solo y sin escolta, fue a la tienda de Aquiles para pedirle el cuerpo de su hijo y poderlo llorar. (Qué historia tan actual...)

Cuando el rey de los mirmidones vio al viejo soberano en su tienda, en lugar de matarlo lo abrazó y, juntos, lloraron cada quién a su propio muerto; Príamo, a Héctor, Aquiles, a Patroclo. Luego, el hijo de Peleo, ordenó que se entregara al padre el cuerpo del hijo, y decretó diez días de tregua para permitirle a Príamo llorar al noble Héctor. Todo esto tiene un nombre altísimo, se llama Compasión.

La Compasión es el sinónimo perfecto del Amor.

Sentir lo que siente el otro significa amar, y la Escuela debería enseñarlo. Es una competencia compleja: incluye la habilidad de escuchar y la de decir las cosas oportunas en el momento oportuno, alguien la llama prudencia y no tiene nada que ver con el cuidado cuando cruzas Insurgentes a la hora pico. Por esta razón, nosotros deberíamos ser capaces de escuchar a nuestros estudiantes así como tendríamos que saber sentir lo que ellos sienten. Educar para los derechos pasa necesariamente por el amor, si amas a tus estudiantes los derechos humanos son un pleonismo. Si ellos aprenden que amar es posible, no tendrán que comprender el valor de cosas importantes como la libertad, la no

discriminación, la inclusión, la integración, la igualdad, el derecho, la justicia, la consciencia, la expresión...

Es cierto: educar para los derechos a través del amor, es peligroso; no garantiza, al “famoso” sistema, ninguna de las certezas que fundamentan a su propio funcionamiento; los espíritus críticos que llenan conceptualmente cada uno de nuestros programas, no tienen nada que ver con lo que se espera de nosotros: mano de obra técnicamente preparada, moderadamente ignorante, acostumbrada a la disciplina . También por esta razón, nuestros salones de clase, normalmente, son como son, parecidos a tantas iglesias, con sus altares al frente y todas las sillas, dispuestas en filas ordenadas, al otro lado, una tras otras, de manera que yo no puedo ver la cara de mis compañeros y ellos no pueden ver la mía. Se habla sólo por alzada de mano, y para ir al baño hay que pedir permiso; normalmente, lo que dice el docente es sagrado y no se puede correr, ni gritar, ni empujar en los pasillos... Lo sé, lo sé: es por seguridad, para el bien de los estudiantes, pero ¿cuántas medidas de control social y reducción de los derechos, hoy en día, se hacen con el mismo pretexto, aduciendo las mismas razones?

Esto es: sólo porque ustedes se den cuenta de la complejidad de lo que estamos diciendo, yo diría que la Educación - si quisiera verdaderamente transmitir una cultura sincera de los derechos inviolables de las personas - debería ser completamente anti sistémica, remar contracorriente, cambiar diametralmente de discurso, convertirse en una zona de resistencia.

Así no es y jamás lo ha sido. Las experiencias significativas de discursos disruptivos respecto a la lógica dominante, a lo largo del Siglo XX, han sido importantes y pedagógicamente notables, pero se han quedado al estatus de momentos aislados, con escaso impacto a nivel sistémico.

Imagínense si nosotros, cuando pensamos en la Educación, nos refiriéramos a un personaje peligroso como Francisco de Asís. La historia de un joven que desvende todo el patrimonio de su padre para realizar un sueño, no es políticamente correcta. Uno que se desnuda en la pública plaza, abraza los enfermos contagiosos, vive de limosna por

principio ético y elige la pobreza como sustancia de vida, uno que predica la objeción de conciencia y se reúne con el enemigo en contra del parecer del ejército de su país, no es un buen paradigma educativo. Lo hacemos santo, pero no podemos proponerlo como ejemplo. No es conveniente.

Francisco, así lo llamo yo, amaba de manera desmedida, su amor era verdaderamente exagerado. No se limitaba a tolerar, miren bien, más bien amaba. Personalmente, ya no creo que la “tolerancia” sea un valor positivo digno de ser enseñado en nuestras escuelas; los países tolerantes terminan siempre siendo teatro de horribles actos de violencia en contra, la tolerancia tiene un límite como la paciencia y no presupone la aceptación del otro, sino su civilizada soportación.

Educar para y con los Derechos Humanos es un acto de amor permanente.